



Alonso Zamora Vicente

Escapada

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

Escapada

Disgustillo, una tozudez cualquiera, imposible la reconstitución ya, probablemente un frío repentino, un vago desaliento. No sé. El caso es que me escapé. Me sentí mal de pronto, incómodo, rodeado de vacío. Y me marché. Con el propósito de no volver, como siempre en estos casos. Preparé con solemnidad mi huida, arreglando mi equipaje ante la vista de los demás. «Un cachete, mamá, un cachete ahora y todo arreglado», decía Elisa, y Paco, más en mi lado: ¿dónde vas a ir sin dinero?, y los mayores: «Déjalo, ya veremos si se atreve», como si pensarán que, al llegar a la puerta, me iba a volver. En una bolsa de tela puse, escogiéndolos, unos calcetines y un pañuelo, y el metro metálico que se cerraba a manivela, regalo de Miguel. Y a la calle. [86]

Portazo, despreocupación mía, amenazas dentro. Lo cierto es que bajé muy de prisa y me perdieron el rastro. Anduve sin vacilaciones y me encontré sentado en Las Vistillas, en el suelo al borde del terraplén, media mañana, con mi bolsa entre las manos. Luz, una claridad que aún llega profunda, una transparencia total. Ni cuidado del regreso, ni norma alguna, ni mandato. Soledad, libre usufructo del cielo, patadas al aire, el porvenir a la deriva, la bolsa en las manos y la casa muy lejos. Durante mucho tiempo subí y bajé a rastras por las cuestas, hasta romperme el pantalón. Fui después por el Viaducto, mirando todas las cosas despacito, deteniéndome a cada paso. Un charlatán a la salida, junto a la calle Mayor. Primera fila. Peines, despertadores: unos polvos dentífricos, pasta rosa con agua turbia que saca de una botella, elixir de virtudes prodigiosas. En primera fila, sin moverme. He sacado varias veces la suerte, él rifa despertadores, y yo corto una baraja, y miro, y oigo otra vez vaya reloj, y la caries, señores, la caries es el gran mal de la Humanidad, pero con este dentífrico... Y el chirrido del tranvía, sol, ahí cerca se oye el ciego de todos los días, y otra vez los peines, y la pasta de dientes, invento alemán extraordinario, está redimiendo a los pueblos de los estragos causados por la última contienda, o séase la guerra...

Rumbo incierto nuevamente. En Palacio relevan los puestos de la guardia. Me pego al grupo de chiquillos que sigue al piquete, inútil intento descifrar [87] las palabras oscuras que se dicen los soldados, muy serios, el fusil en las narices. De un tranvía con jardinera salen gritos y cantos, será una boda que va a la Bombilla. Están regando el gran redondel de flores en el jardinillo de la calle Bailén, una apacible lluvia desprendida del arco de agua que lanza la manguera, olor a tierra humedecida, a césped tibio, un impreciso anhelo de revolcarse en él, dejarse mojar, una remotísima pradera que se adueña, veloz, del ansia y doy una carrera sin objeto, saltos, auto ahora, moto, quizá avión, luego caballo. Un ratito de quietud, imposible entender el reloj de Palacio, una sola manilla. Quizá sea hora de comer, hambre, lo que se dice hambre, ¿cómo será el hambre? Pero no se puede volver. Y en la bolsa, solamente unos calcetines, un pañuelo (ahora me doy cuenta de que quizá no sea mío el pañuelo) y el metro. Pude meter algo de comer, pero, claro, salí tan deprisa, se creían que no me iba a ir, pues ya lo ven, y más saltos y carreras, y ahora están regando la calle,

gracioso ver el tranvía reflejado en el asfalto, el arco iris bajo el chorro, el quejido largo de una grúa en la Almudena, una solapada sensación de aburrimiento, de negativa soberbia ante la ideica cobarde (¿quién me está hablando?) de volver a casa, y disgusto por esta bolsa sin pan, ya me está cansando.

El hombre del cartelón está donde todas las mañanas, en los jardinillos de la Plaza de Oriente. Qué bien, estarse escuchando todo el crimen, sin [88] oír detrás a Elisa, que tiene miedo, su vámonos, ya está bien, es tarde, pero ¿no te cansas?, todo esto es mentira. Lástima que no tengo dinero para comprar algo ahí, en la vieja de la esquina; me gustaría comer alguna cosa, una ensaimada, quizá mordisquear un trozo de palo luz o chichingú. Me acerco al puestecillo y veo las chufas en seco, arrugadas como pasas, y tan tersas y brillantes las en agua, alguna barba aquí y allá, una dureza deliciosa, y los altramuces amarillos, relucientes, la uña blanquinosa, vago sabor a sal, y los torraos, casi me da sed, y los adoquines, los chupones, ay qué pirulí, las flores de maíz, y corrusco los dientes inservibles, debo tener cara de idiota, y, milagro tranquilo y enteramente dorado, como una cosecha brotando en las venas, esas chepas macizas de los cacahueses, tan sólo diez céntimos (¿dónde vas sin dinero?), no los compraría ya pelados, que son más caros, sino de los otros con cáscara, crujidores, algo de brisa nocturna en el ruido al romperse, pero esta bolsa, unos calcetines, un pañuelo y el metro, que no es de comer, qué cabeza la mía, ahora no debo volver, y, aunque vuelva, a lo mejor no me han guardado la comida. El hombre del cartelón sigue explicando, puntero en alto, parándolo sobre los cuadritos. Ahí está el asesino, con sus sacos de dinero en las ensangrentadas manos, observen cómo mira receloso por la rendija de la puerta. Dentro queda la vieja avarienta, degollada en su mísero catre, y ahora va a venir la criada, no respondo de que hombre de tales [89] intenciones... Y una mujer del corro ¡tonta! quiere avisarla para que huya, y el hombre le dice que a ver si se calla, que para algo está él allí, y que no tiene remedio, y que no se preocupe, que la criada está implicada en el crimen, y menuda es, y la que se va a armar, y el criminal fue malo siempre, ya de pequeño se escapaba de su casa, y yo creo que, al decir esto, me está mirando a mí, y estoy aterido, quizá temblando, como si la bolsa del metro aumentara de peso, llena de dinero como las del cartel, zozobra en crecimiento, entre dos guardias civiles ya, no sé si seré yo y no él, algo se me atropella en la boca, un suspiro, un hielo, el espanto de que resulta ahora que también se dormía en casa, la cama, un río seco y feliz: el sueño, una llanura creciente, sin orillas, y volver, ya no me acongoja la idea, volver sin asperezas, envidia de los demás que han comido, un silencio ávido cuando Miguel me coge, violento, por un brazo, ¿dónde te has metido?, y, ya emparejados, no oír el verás cuando lleguemos, qué disgusto, la que te espera, todos buscándote, pareces un golfillo, dame esa bolsa a ver qué demonio llevas, la voz orlándose de gozo como la tarde de noche, luces ya, en las puertas gente que dice boba ah, ¿ya apareció el barbián?, y un capón que otro, y el olor de la cena en la escalera, un calorcillo bueno, como un reconocerse, todos encima y gritando, y sí, claro, sí, pero después de comer ya regañaremos.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

